

de Brunswick, y diez y siete ó diez y ocho mil al general Ruchel, es decir ciento treinta y cuatro mil hombres, ejército harto temible detras de una posicion como la del Saale desde Jena hasta Naumburgo. Con situargruesos destacamentos delante de los pasos principales, y las demas tropas en masa algo detras, en una posicion central, á fin de poder acudir con fuerzas suficientes al punto atacado, se hallaban en estado de dar una batalla peligrosa para el ejército francés, y si no de arrebatarle los laureles de la victoria, á lo menos de disputárselos de tal modo, que les fuera facil retirarse, y no quedase asegurada la suerte de la guerra.

Empero cada dia iba en aumento la confusion que se habia apoderado de los hombres que componian el estado mayor prusiano. El duque de Brunswick, que hasta entonces habia mostrado tanto acierto en el modo de ver las cosas, y que al parecer conocia las ventajas de la posicion ocupada para cualquier evento posible, cuando, segun todas las apariencias, iba á realizarse uno de los casos previstos, perdió repentinamente su buen sentido, y queria levantar el campo de prisa y corriendo. El movimiento que hizo el mariscal Davout hácia Naumburgo fué para él un rayo de luz, y de la aparicion de dicho mariscal sobre Naumburgo dedujo que Napoleon queria no dar la batalla, sino precipitar su marcha hácia el Elba para impedir á los prusianos el paso de Sajonia, y aun de Prusia, como cortó al general Mack el paso de Baviera y Austria. Temiendo, pues, ser envuelto, como lo habia sido Mack, y verse reducido lo mismo que él á tener que soltar las armas, esto turbaba

la sensata imaginacion del infeliz anciano, hasta el extremo de querer ponerse en marcha al instante para dirigirse al Elba. Se habian burlado en Prusia con tan poca conmiseracion y tanta injusticia, del infortunado Mack, que la idea de encontrarse en igual situacion turbaba todos los entendimientos, y para evitarlo se esponian á caer en otra situacion que no valia mucho mas. Sin embargo, la en que se hallaban los prusianos estaba muy lejos de parecerse á la del general austriaco, pues bien podia Napoleon hacer un movimiento rápido hácia el Elba, dejando atras al duque de Brunswick, separándolo de Sajonia, y aun quizá llegando antes que él á Berlin; pero no envolverse y obligarle á capitular. Ora perdiese el duque una batalla en las orillas del Saale, ora no llegase á tiempo al Elba, siempre tenia segura la retirada hácia Magdeburgo y la parte baja del Elba, y aunque estuviese espuesto á llegar á ella en mal estado, no podia ser hecho prisionero en las vastas llanuras del Norte, como los austriacos en el paso peligroso del valle del Danubio. Por otra parte, mientras que el ejército del general Mack se componia cuando mas de setenta mil hombres, el del duque de Brunswick ascendia á ciento cuarenta y cuatro mil, contando los que mandaba el duque de Weimar, y no es facil envolver á un ejército así, hasta el punto de obligarlo á deponer las armas. Pero ya que tanto habian querido pelear, ya que tanto deseo habian tenido de encontrarse con los franceses, pensando hasta en pasar los montes para ir á buscarlos á Franconia, ¿por qué cuando los encontraban en un terreno excelente para si propios, y muy escabroso para

ellos, no se situaban allí en masa, á fin de arrojarlos en el profundo y pedregoso lecho del Saale, al momento que intentasen subir á las alturas? Mas toda su sangre fria desapareció así que tuvieron cerca al enemigo á quien desafiaban de lejos, y en Schleitz y Saalfeld mostró el ejército prusiano que no era de mejor calidad que los ejércitos austriacos y rusos.

Impaciente el duque de Brunswick por librarse de la suerte tan temida del general Mack, tomó el partido de levantar el campo inmediatamente, y dirigirse hácia el Elba á marchas forzadas, cubriéndose con el Saale, lo cual era lo mismo que abandonar á los franceses Leipsick, Dresde y toda la Sajonia. El príncipe de Hohenlohe, despues de decidirse, aunque tarde, á volver á pasar el Saale, estaba acampado en las alturas del Jena, y el duque de Brunswick dispuso permaneciese allí para cerrar aquel boquete, mientras que el ejército principal desfilaba por detras del de Silesia, llegaba al Saale en Naumburgo, y bajaba hasta el Elba.

Al general Ruchel le mandó que se detuviese en Weimar el tiempo necesario para reunir la vanguardia, ocupada en un reconocimiento inútil mas allá de la selva de Thuringe, y en cuanto á él, llevando consigo las cinco divisiones del ejército principal, resolvió levantar el campo el dia 13, seguir el camino real que va de Weimar á Leipsick hasta el puente de Naumburgo, y dejar en dicho puente tres divisiones para que lo custodiasen, mientras que con otras dos iba á asegurarse del paso de Unstrut, uno de los muchos riachuelos que desagan en el Saale, replegar, des-

pues de salvar este obstáculo, las tres divisiones apostadas en Naumburgo, atraer hácia á sí al príncipe de Hohenlohe y al general Ruchel que se habian quedado atrás, y costear de este modo el Saale hasta el sitio en que se une este río con el Elba, en las cercanías de Magdeburgo.

Tal fué el plan de retirada que adoptó el duque de Brunswick: por cierto que no merecía la pena dejar la línea defensiva del Elba, de que nunca debieron separarse, para volver á ella tan pronto y con tantos riesgos.

En consecuencia, el ejército principal recibió órden de ponerse en movimiento el mismo dia 13 de octubre, y el príncipe de Hohenlohe de ocupar las alturas de Jena, y cerrar aquel paso, mientras que las cinco divisiones del duque de Brunswick, dejaban á Weimar, yendo á dormir aquella noche en Naumburgo, y seguian la marcha á una legua de distancia unas de otras, andando al dia seis leguas. No era así como marchaban los franceses cuando tenian que alcanzar un objeto importante. Evacuado Weimar, el general Ruchel debia dirigirse allí inmediatamente, disposicion que fué comunicada, así como todas las demas, á los encargados en ejecutarlas, despues de lo cual se puso en marcha el ejército del duque de Brunswick, yendo á la cabeza el rey, los príncipes y hasta la reina, y detras una masa de bagages propia para imposibilitar cualquier manioobra. Como los cañonazos se oian de tan cerca, no podia permanecer la reina en el cuartel general, porque su presencia, que al principio no debia ser muy bien vista bajo el aspecto del decoro, era peligrosa para ella, y un motivo de inquietud para el rey: fué

preciso, pues, que éste le mandase terminantemente dejara el ejército, como así lo hizo anegados los ojos en lágrimas, no dudando en vista de lo sucedido en Schleitz y Saalfeld, que la política de que ella había sido instigadora por desgracia iba á producir consecuencias funestas.

Mientras que el duque de Brunswick marchaba de este modo hácia Naumburgo, el príncipe de Hohenlôhe, que se había quedado en las alturas de Jena con cincuenta mil hombres, teniendo á retaguardia al general Ruchel con diez y ocho mil se ocupó en restablecer un tanto el orden en sus tropas, y mandó que recorriesen la campiña algunos carros á fin de recoger viveres, y proporcionar sobre todo algun alivio á los sajones, cuyo descontento crecía cada vez mas. Por lo demás, creía lo mismo que el duque de Brunswick que los franceses corrían hácia Leipsick y Dresde, para ser los primeros que llegasen al Elba, y en manera alguna se ocupaba de Jena, haciendo muy poco caso de las alturas situadas detrás de aquella ciudad.

Ya hemos visto que Napoleon, dejó á Gera en la tarde del 13 de octubre, y se dirigió rápidamente hácia Jena, mandando que le siguiesen todas las tropas. Así que llegó á dicha ciudad donde le aguardaba impaciente el mariscal Lannes, que le había precedido, ambos montaron á caballo sin pérdida de momento, para ir á reconocer el terreno. En Jena mismo empieza á ensancharse el valle del Saale, siendo una continuada pradera la baja y húmeda orilla por donde caminábamos, mientras que la márgen izquierda, por el contrario, esto es, la que ocupaban los prusianos, pre-

senta alturas escarpadas, cuyo pico domina á Jena y á que se sube por barrancos estrechos, tortuosos, y cubiertos de arbolado. A la izquierda de Jena, hay una garganta mas abierta, y no tan escabrosa, que se llama Mühlthal, y donde se ha abierto la carretera que va de aquella ciudad á Weimar; carretera que se dirige al principio al fondo de aquella garganta, se eleva despues en forma de caracol, y sigue por las laderas que hay detrás. Para forzar aquel paso, mas abierto en verdad, pero guardado por gran parte del ejército prusiano, era preciso dar un terrible asalto, no siendo de consiguiente aquel el punto á propósito para trepar á las laderas, á fin de dar allí la batalla á los prusianos.

Pero los nuestros no tardaron en hallar mejores posiciones, pues los osados tiradores de Lannes penetraron en los barrancos que se encuentran al salir de Jena, consiguieron subir al monte mas alto, y desde allí descubrieron al ejército prusiano, acampado en las laderas de la orilla izquierda. Siguiéronles á poco algunos destacamentos de la division de Suchet, y ocuparon terreno, rechazando los puestos avanzados del general Tauenzien, de suerte que gracias á la osadía de nuestros soldados, conquistamos las alturas que dominan la orilla izquierda del Saale, pero desgraciadamente por un camino poco á propósito para la artillería. Allí fué á donde Lannes condujo á Napoleon, en medio de un fuego de tiradores que no cesaba, y que hacia muy peligroso cualquier reconocimiento.

La altura principal de las que dominan á Jena se llama Landgrafenberg; pero desde los sucesos

memorables de que fué teatro, la conocen aquellos habitantes con el nombre de Napoleonsberg, siendo por lo demás, la mas elevada de aquel pais. Al contemplar Napoleon y Lannes desde aquella altura la campiña circunvecina, con la espalda vuelta á la ciudad de Jena, veian á la derecha el Saale corriendo en una garganta tortuosa, profunda y cubierta de arbolado, hasta Naumburgo, que dista seis ó siete leguas de Jena. Por delante veian laderas, que se estendian á lo lejos, y se inclinaban por una pendiente insensible hácia el valle del Ilm, en cuyo fondo está situada la ciudad de Weimar. A la izquierda descubrian la carretera que va de Jena á Weimar, elevándose por una especie de rampas de la garganta del Mühlthal, hácia aquellas laderas, y corriendo en línea recta hácia Weimar. Dichas rampas, como ya hemos dicho, presentan una especie de caracol cuyo nombre aleman han recibido, pues se llaman *Schnecke*; y en el camino que va de Jena á Weimar se hallaba escalonado el ejército prusiano del principe de Hohenlohe, sin que pudiera calcularse esactamente su número. En cuanto al cuerpo del general Ruchel apostado en Weimar, no podia descubrirse por la distancia, sucediendo lo mismo con el ejército grande del duque de Brunswick, que como se dirigia de Weimar á Naumburgo, estaba oculto en las hondonadas del valle del Ilm.

Viendo Napoleon delante de él tropas en masa cuya fuerza no podia saberse de un modo fijo, supuso que el ejército prusiano habia escogido aquel terreno para campo de batalla, y sin descansar tomó las disposiciones necesarias, para desembo-

car con su ejército por el Landgrafenberg, antes que el enemigo acudiese con todas sus tropas decidido á arrojarle en los precipicios del Saale. Necesitaba, pues, darse prisa, y aprovecharse del espacio que habian conquistado nuestros tiradores para situarse en la altura; pero solo teniamos á nuestra disposicion la cima, porque á muy pocos pasos se hallaba el cuerpo del general Tauenzien, del cual nos separaba únicamente un ligero pliegue de terreno. Apoyábase dicho cuerpo en dos aldeas, una de ellas, esto es, Closewitz, situada á nuestra derecha y rodeada de un bosquecillo, y la otra, es decir, Cospoda, á la izquierda, tambien cercada de un bosque de alguna estension. Napoleon queria dejar quietos á los prusianos en aquellas posiciones hasta la mañana siguiente, y conducir entre tanto al Landgrafenberg parte de su ejército; pero como en el espacio que ocupaba apenas cabian Lannes y la guardia, mandó fuesen conducidos sin detencion por los escarpados barrancos que sirven para subir de Jena al Landgrafenberg, colocando á la izquierda la division de Gazan, á la derecha la de Suchet, y en medio y algo detrás la guardia de á pie, la cual acampó formando un cuadro de cuatro mil hombres, en cuyo centro estableció su propio hivac. Desde entonces fué cuando los habitantes de aquel pais, pusieron á aquella altura el nombre de Napoleonsberg, marcando con un monton de toscas piedras el sitio en que pasó aquella noche memorable, un personaje, popular en todas partes, incluso los sitios en que se presentó como un guerrero terrible.

Pero como no todo consistia en llevar la infan-

teria al Landgrafenberg, sino que era preciso conducir tambien la artillería. Napoleon corrió á caballo en todas direcciones, hasta que encontró un paso menos escarpado que los demas, y por donde podia penetrar la artillería, aunque hubiese que hacer grandes esfuerzos para arrastrarla. Por desgracia era demasiado estrecho el camino; pero Napoleon envió un destacamento de soldados ingenieros, y les mandó ensancharlo, para lo cual tuvieron que abrir á pico la roca. El mismo, llevado de su impaciencia, dirigia los trabajos con una antorcha en la mano, y no se alejó hasta que cuando ya estaba la noche muy avanzada, vió rodar las primeras piezas de artillería. Por lo demás fué preciso que doce caballos tirasen decada una de ellas, hasta la cumbre de Landgrafenberg. Propóníase Napoleon atacar al general Tauenzien al rayar el dia, y conquistar empujándole de pronto, el espacio necesario para poder desplegar su ejército; pero temiendo desembocar por una salida solamente, y queriendo tambien llamar la atencion del enemigo á otros puntos, mandó á Augereau, que se hallaba á la izquierda, penetrarse en la garganta del Mühlthal, llevarse al camino de Weimar una de sus dos divisiones, y ganarse con la otra la parte opuesta del Landgrafenberg, á fin de coger al general Tauenzien por la espalda. Al mariscal Soult, que se hallaba á la derecha, y cuyo cuerpo debia llegar de Gera aquella noche, le mandó subiese por los otros barrancos que de Lobstedt y Dornburgo van á parar á Closewitz, á fin de que cayese tambien sobre el general Tauenzien, cogiéndole por la espalda, con cuya doble diversion á derecha é izquierda, no dudaba Napoleon que

forzaria á los prusianos en sus posiciones, y adquiriria el espacio que necesitaba su ejército para poder desplegarse. En cuanto al mariscal Ney y Murat, debian subir al Landgrafenberg por el camino que habian seguido Lannes y la guardia.

En la noche del 13 envolvía el campo de batalla una oscuridad profunda, y Napoleon habia colocado su tienda en el centro del cuadro formado por la guardia, dejando únicamente que se encendieran unas cuantas fogatas. El ejército prusiano por su parte habia encendido todas las suyas, viéndose las del príncipe de Hohlenlohe por toda la estension de las laderas, y allá en el fondo del horizonte á la derecha, sobre las alturas de Naumburgo, donde se alzaba el antiguo castillo de Eckartsberge, los del ejército del duque de Brunswick, visible de pronto para Napoleon. Entonces creyó que, lejos de retirarse las tropas prusianas, todas iban á tomar parte en la batalla, y envió nuevas órdenes á los mariscales Davout y Bernadotte, mandando al primero que guardase bien el puente de Naumburgo, y aun lo pasase si podia, para caer sobre los prusianos por la espalda, mientras que las demas tropas le acometian de frente. Al segundo, que estaba situado como intermediario, le mandó concurriese al movimiento proyectado, ya uniéndose al mariscal Davout, si se hallaba cerca de él, ya arrojándose directamente sobre el flanco de los prusianos, si habia tomado en Dornburgo posiciones que estuviesen mas inmediatas á Jena. Por último á Murat le mandó llegase con la caballería lo mas pronto que pudiera.

Mientras que Napoleon tomaba estas disposi-

ciones, el príncipe de Hohenlohe ignoraba completamente la suerte que le aguardaba, siempre en la persuacion de que el grueso del ejército francés, en lugar de pararse delante de Jena, corría hacia Leipsick y Dresde. Así es que suponía tendría que habérselas cuando más con los cuerpos de los mariscales Lannes y Augereau, quienes habiendo pasado el Saale despues del combate de Saalfeld, debían según él presentarse entre Jena y Weimar, como si bajasen de las alturas de la selva de Thuringe. Con semejante idea, no pensó en hacer frente hacia Jena, y solo opuso por aquella parte el cuerpo del general Tauenzien, formando su ejército á lo largo del camino que va de Jena á Weimar. Su izquierda, compuesta de sajones, guardaba la cima de la *Schnecke*, y su derecha se extendía hasta Weimar, dándose la mano con el cuerpo del general Ruchel; pero sin embargo, como se oyese fuego de guerrillas en el Landgrafenberg, lo cual causó alguna conmocion, y el general Tauenzien pidiese socorro, el príncipe de Hohenlohe mandó tomar las armas á la brigada sajona de Cerrini, á la prusiana de Sanitz, y á varios escuadrones de caballería, dirigiendo aquellas fuerzas hacia el Landgrafenberg, para que arrojase de él á los franceses, situados en aquel punto, según creía, en corto número. En el momento de ir á ejecutar aquella resolucion, llegó el coronel de Massenbach con una orden del duque de Brunswick en que se le repetía no trabase ninguna accion seria, limitándose á guardar bien los pasos del Saale, y sobre todo el de Dornburgo que inspiraba serios temores, pues se habian visto por allí algunas tropas ligeras. El príncipe de Hohenlohe, con-

vertido cuando no debía serlo, en el general más obediente del mundo, se paró de pronto al ver lo que le mandaban del cuartel general, siendo una cosa muy singular que por obedecer una orden en que se le prevenía no trabase la batalla, abandonase el boquete por donde debían recibir al día siguiente una bien desastrosa. Sea lo que fuere, lo cierto es que renunciando á la idea de recobrar el Landgrafenberg, se contentó con enviar al general Tauenzien la brigada de Cerrini, y situar en Nerkwitz, frente á Dornburgo, y á las órdenes del general Holzendorf, la brigada prusiana de Sanitz, los fusileros de Pelet, un batallón de Schimmelfennig, y por último, varios destacamentos de caballería y artillería. Además envió alguna caballería ligera á Dornburgo, para saber lo que por allí sucedía, y volvió á su cuartel general de Cappellendorf, cerca de Weimar, diciendo allá para sí que con cincuenta mil hombres, y aun setenta mil contando el cuerpo de Ruchel, protegido como se hallaba hacia Dornburgo por el general Holzendorf, y hacia Jena por el general Tauenzien, haciendo frente á la calzada que va de esta ciudad á la de Weimar, castigaria la audacia de los mariscales Lannes y Augereau, si es que se atrevían á atacarle con los treinta ó cuarenta mil franceses de que podían disponer, y restableceria el honor de las armas prusianas, gravemente comprometido en Schleitz y Saalfeld.

Napoleón se levantó antes que fuese día, volvió á dar instrucciones á sus lugartenientes, y mandó que sus soldados tomasen las armas. La noche estaba fria, y la campiña cubierta á lo lejos de una niebla espesa, como la que envolvió du-

rante algunas horas el campo de batalla de Austerlitz; pero Napoleon recorrió el frente de las tropas, escoltado por unos cuantos hombres que llevaban antorchas encendidas, habló á oficiales y soldados, les esplicó la posicion que ocupaban ambos ejércitos, y les demostró que los prusianos estaban tan comprometidos como los austriacos el año anterior; que si los veíamos aquel día, quedarían cortados del Elba y el Oder, separados de los rusos, y reducidos á entregar á los franceses toda la monarquía prusiana; y que en semejante situacion, el cuerpo francés, que se dejase derrotar, haria que se frustrasen los mas vastos designios, y se deshonraria para siempre. Les recomendó no poco que se mantuviesen en guardia contra la caballería prusiana, y la recibiesen formados en cuadro con su acostumbrada firmeza, palabras que fueron acogidas con los gritos de *adelante! viva el emperador!* A pesar de lo densa que era la niebla, los puestos avanzados enemigos divisaron el resplandor de las antorchas, oyeron los gritos de alegría de nuestros soldados, y fueron á dar la alarma al general Tauenzien. En aquel mismo instante se ponía en movimiento de orden de Napoleon el cuerpo de Lannes, yendo delante la division de Suchet, dividida en tres brigadas. La de Claparede, compuesta del 17 de ligeros y de un batallon escogido, marchaba á la cabeza, desplegada en una línea; sobre las alas de aquella línea, y para librarla de los ataques de la caballería, iban en columna cerrada los regimientos número 34 y 40, formando la segunda brigada; y la de Vedel, desplegada en batalla, cerraba aquella especie de cuadro. A la izquierda de la division de Suchet,

pero algo detras, iba la division de Gazan, formada en dos líneas, y precedida por la artillería; y así era como avanzaban á tientas entre la niebla. La division de Suchet se dirigia hácia la aldea de Closewitz que estaba á la derecha, y la de Gazan hácia la de Cospoda, situada á la izquierda, cuando los batallones sajones de Federico Augusto y de Rechten, así como el batallon prusiano de Zweifeld, vieron en medio de la niebla una masa que se movia, y todos á un tiempo hicieron fuego contra el 17 de ligeros, que contestó á él inmediatamente. Los fusilazos duraron algunos instantes, viendo unos y otros los fognazos y oyendo los tiros, pero sin distinguirse, hasta que los franceses se acercaron, y acabaron por descubrir el bosquecillo que rodeaba á la aldea de Closewitz. El general Claparede se arrojó hácia allí con viveza, y despues de pelear cuerpo á cuerpo, se apoderó de él, así como de la espresada aldea, continuando su marcha, luego que privó de aquel apoyo á la línea del general Tauenzien, bajo las balas que salian de aquella densa bruma. La division de Gazan por su parte llegó á la aldea de Cospoda, y se situó en ella, apoderándose igualmente de un corto caserío llamado Lutzenrode, que ocupaban los fusileros de Erichsen, con lo cual pudieron los nuestros desplegarse con mas facilidad. En aquel momento sufrieren las dos divisiones de Lannes nuevas descargas de artillería y fusilería, por parte de los granaderos sajones de la brigada de Cerrini, que despues de recoger los puestos avanzados del general Tauenzien, marchaban hácia adelante, y hacian fuego por batallon con tanto aplomo como si estuviesen ejecutando una maniobra. El 17 de li-

geros, que se hallaba á la cabeza de la division de Suchet, no tenia ya cartuchos, por lo cual pasó á formar detras, ocupando su puesto el 34, cuyo regimiento mantuvo el fuego por algun tiempo, hasta que alcanzó á los granaderos sajones á la bayoneta, y los rompió. No tardó en propagarse la derrota á todo el cuerpo del general Tauenzien, y las divisiones de Gazan y Suchet cogieron unos veinte cañones y muchos fugitivos. Saliendo de Landgrafenberg, las colinas en que los nuestros acababan de desplegarse, iban inclinándose, como ya hemos dicho, hácia el valle del Ilm, de suerte que se caminaba con rapidez, por un terreno pendiente, y en pos de un enemigo que iba huyendo. Merced á lo activo de aquel movimiento, pasaron nuestras tropas á dos batallones de Cerrini, así como á los fusileros de Pelet, que se habian quedado en las cercanías de Closewitz, y aquellas tropas fueron rechazadas por todo el resto del día hácia el general Holzendorf, á quien la vispera se dió la comision de que guardase el boquete de Dornburgo.

Aquella accion no duró dos horas, lo cual es nuevo en los fastos de la guerra, realizando Napoleón de consiguiente la primera parte de su plan, que consistia en apoderarse del espacio necesario para desplegar su ejército. Al mismo tiempo, ejecutábanse sus instrucciones en todos los puntos con una puntualidad digna de llamar la atencion. A la izquierda, el mariscal Augereau, despues de dirigir la division de Hendelet así como su artilleria y caballeria al fondo del Mühlthal, hácia la carretera de Weimar, trepaba con la division de Desjardins por la parte opuesta del Landgrafen-

berg, é iba á formar sobre las laderas la izquierda de la division de Gazan. Hácia la derecha, el mariscal Soult, una de cuyas divisiones habia llegado únicamente, esto es la del general Saint-Hilaire, subia de Lobstedt por detras de Closewitz, frente á las posiciones de Nerkwitz y Alten-Gone, ocupadas por los restos del cuerpo de Tauenzien, y el destacamento del general Holzendorf. El mariscal Ney, que tenia impaciencia por asistir á la batalla, destacó de su cuerpo un batallon de zapadores, otro de granaderos, el 25 de ligeros, y dos regimientos de caballeria, tomando la delantera con aquellas tropas escogidas; pero entró en Jena cuando concluia el primer acto de la jornada. Murat, en fin, volvía á galope con los dragones y coraceros de los reconocimientos que habia hecho en la parte baja del Saale, y subia hácia Jena á todo escape, por lo cual resolvió Napoleon detenerse algunos instantes en el terreno conquistado, para dar tiempo á que sus tropas fuesen llegando á la línea.

A todo esto, los fugitivos del general Tauenzien fueron á alarmar todo el campamento de los prusianos, y al oír cañonazos el príncipe de Hohenlohe, corrió al camino de Weimar, donde estaba acampada la infanteria prusiana, no creyendo aun que se hubiese trabado una accion general, y quejándose de que se cansase á las tropas para un hecho de armas inútil. Desengañado á poco, tomó sus medidas para dar la batalla, porque sabiendo que los franceses habian pasado el Saale por Saalfeld, esperaba verlos aparecer entre Jena y Weimar, donde habia formado su ejército á lo largo del camino que va de una de estas ciudades á la otra. Como esta conjetura no se realizaba, era

preciso tomar nuevas disposiciones; y así lo hizo con prontitud y resolución, enviando el grueso de la infantería prusiana á las órdenes del general Grawert, para que ocupase las posiciones que habia abandonado el general Tauenzien. Dejó además hácia el *Schneck*, que iba á formar su derecha, la division de Niesemeuschel, compuesta de dos brigadas sajonas mandadas por Burgsdorf y Nehroff, el batallon prusiano de Bogustawski, y una numerosa artillería, con orden de defender hasta el último extremo las rampas del camino de Weimar que hay que subir para llegar á las laderas. Para que esto pudiera hacerse con mas facilidad, agregó á aquellas tropas la brigada de Cerrini reforzada con cuatro batallones sajones, tomadas cuyas resoluciones, colocó detras de su centro cinco batallones de reserva á las órdenes del general Dyhern para apoyar al general Grawert, y mandó reunir á alguna distancia del campo de batalla los restos del cuerpo de Tauenzien, repartiéndoles municiones. En cuanto á su izquierda, ordenó al general Holzendorf marchase hácia adelante, si es que podia, para caer sobre la derecha de los franceses, mientras él hacia esfuerzos para contenerlos de frente. Por último, acudió en persona con la caballería prusiana y la artillería volante hácia donde se hallaban los franceses, á fin de detener su ímpetu, y proteger la formacion de la infantería del general Grawert.

Serian las diez, y la accion, interrumpida hacia una hora, iba á empezar de nuevo mas vigorosamente, pues mientras que á la derecha desembocaba el mariscal Soult por Lobstedt, y trepaba por las alturas con la division de Saint-Hilaire,

mientras que en el centro se desplegaba el mariscal Lannes con las divisiones de Suchet y Gazan, sobre las laderas conquistadas aquella mañana, y á la izquierda, subia del Mühlthal el mariscal Augereau, ganando la aldea de Iserstedt, llevado el mariscal Ney de su ardor por los combates, habia ido avanzando con sus tres mil hombres escogidos, ocultos en la niebla, y habia ido á situarse entre Lannes y Augereau, frente á la aldea de Vierzehn-Heiligen, que se hallaba en medio del campo de batalla. Llegó allí, pues, en el momento en que el principe de Hohenlohe acudia á la cabeza de la caballería prusiana, y encontrándose de pronto con el enemigo, traba el combate antes que el emperador hubiese mandado dar principio otra vez á la accion. Viendo Ney que la artillería montada del principe de Hohenlohe estaba ya colocada en forma de batería, lanza sobre ella los cazadores del regimiento número 40, regimiento que se aprovecha de un bosquecillo para formarse, sale de él á galope, sube por la derecha hácia el flanco de la artillería prusiana, acuchilla á los artilleros, y se apodera de siete piezas, bajo el fuego de toda la linea enemiga. Pero una masa de coraceros prusianos cae sobre él, y tiene que retirarse precipitadamente: Ney lanzó entonces el 3.º de húsares, cuyo regimiento maniobra como el 40 de cazadores, aprovecha el bosquecillo para formarse, se eleva sobre el flanco de los coraceros, despues se arroja de pronto sobre ellos, los pone en desórden, y los obliga á retirarse. Con todo, como no bastaban dos regimientos de caballería ligera, para hacer frente á treinta escuadrones de dragonés y coraceros, nuestros cazadores y húsa-

res tienen que buscar á poco un abrigo detras de nuestra infantería, viendo lo cual Ney dirige hácia adelante el batallon de granaderos y el de zapadores que habia llevado consigo, los forma en dos cuadros, y colocándose en uno de ellos, los opone á las cargas de la caballería prusiana. Deja que los coraceros enemigos se acerquen hasta veinte pasos de sus bayonetas, los aterra con el aspecto de una infantería inmóvil que ha reservado sus tiros, y á una señal que hizo, una descarga á boca de jarro cubre el suelo de muertos y heridos. El enemigo les acomete varias veces, pero aquellos dos cuadros se mantienen firmes.

Napoleon, que se hallaba en la altura de Landgrafenberg, se admiró en extremo al ver que volvía á empezar el fuego sin orden suya, y supo con asombro que el mariscal Ney, á quienes suponía atras, habia venido á las manos con los prusianos. Acude, pues, sumamente descontento, y al llegar cerca de Vierzehn-Heiligen divisa desde lo alto al mariscal Ney que se defendía, en medio de dos cuadros débiles en número, contra toda la caballería prusiana. Como tan heróico continente era para desarmar á cualquiera, Napoleon envía el general Bertrand con dos regimientos de caballería ligera, los únicos de que podia disponer no estando allí Murat, para que contribuyese á liberar al mariscal Ney, y manda á Lannes que avance con la infantería. El intrépido Ney entretanto no se desanima; antes por el contrario, mientras que renueva con cuatro regimientos de á caballo las cargas de su caballería, dirige el 25 de infantería ligera á su izquierda á fin de apoyarse en el bosque de Iserstedt, que Augereau se esfuerza-

ba en querer conquistar por su parte; manda avanzar al batallon de granaderos hasta el bosquecillo que habia protegido á sus cazadores, y lanza el batallon de zapadores sobre la aldea de Vierzehn-Heiligen, para que se apodere de ella. Pero en aquel mismo instante llega á socorrerle Lannes, arroja en dicha aldea el regimiento número 21 de infantería ligera, y poniéndose á la cabeza de los regimientos números 100, 103, 33, 64 y 88 de línea, desemboca frente á la infantería prusiana del general Grawert. Esta se despliega delante de la aldea de Vierzehn-Heiligen con una regularidad en los movimientos hija del mucho ejercicio, se forma en batalla, y empieza á hacer un fuego de fusilería regular y terrible. Los tres cortos destacamentos de Ney sufren cruelmente; pero subiendo Lannes sobre la derecha de la infantería del general Grawert, procura dejarla atras á pesar de las cargas repetidas de la caballería del príncipe de Hohenlohe que va á acometerle en su marcha.

El príncipe de Hohenlohe sostiene con valor sus tropas en medio del peligro, volviendo á formar bajo el fuego el regimiento de Sanitz, que se habia desbandado. En seguida quiere que el regimiento de Zastron tome á la bayoneta la aldea de Vierzehn-Heiligen, creyendo que esto decidiría la victoria; pero van á anunciarle que empiezan á presentarse otras columnas enemigas, y que el general Holzendorf, se sostenia contra fuerzas superiores, por lo cual no podia favorecerle, diciéndole al mismo tiempo que el general Ruchel iba á unirle con su cuerpo de ejército. Entonces se figuró que convenia esperar aquel poderoso so-